

EL CORONEL DE ARTILLERIA  
JOSE CORNELIO BORDA, UN HEROE  
COLOMBIANO EN EL CALLAO

Brigadier General CAMILO RIAÑO

JOSE CORNELIO BORDA,  
UN HEROE COLOMBIANO EN EL CALLAO

Por el Brigadier-General, CAMILO RIANO, de la  
Academia Colombiana de Historia.

José Cornelio Borda es una de las glorias científicas y militares colombianas de resonancia continental, no lo suficientemente conocido en nuestro país y poco valorado, porque aún no se han apagado los rescoldos de las pasiones políticas que se ciernen sobre su figura histórica y porque el acto heroico de su sacrificio en El Callao, aquel 2 de mayo de 1866, inolvidable para nuestras patrias, es desconocido para la inmensa mayoría de sus compatriotas.

La leyenda de la placa, que cubrió su sepultura durante un siglo en el pabellón de San Job, del cementerio Presbítero Maestro de Lima, y que hoy adorna los muros de la Academia Colombiana de Historia, es el reconocimiento de la nación hermana al cerebro de la defensa de El Callao que selló definitivamente la independencia de América, en ese intento de reconquista por España, que tuvo atentas a las naciones hispanoamericanas, especialmente a Colombia, presidida en ese entonces por el Gran

General. "José Cornelio Borda, dice el elocuente epitafio, natural de los Estados Unidos de Colombia y coronel de los ejércitos de esa República al servicio de la del Perú en calidad de ingeniero militar, murió en el combate que tuvo lugar en El Callao el 2 de mayo de 1866, a la edad de 37 años, sellando con su preciosa sangre las glorias que alcanzara la América en su segunda lucha contra España. El gobierno del Perú le consagra este recuerdo". Significativa coincidencia la de dos colombianos decidiendo con su coraje y con su inteligencia dos batallas culminantes de la independencia hispanoamericana: Córdova en Ayacucho y Borda en El Callao. Dos héroes mitológicos que eclipsaron con su gloria el sol de Carlos V y Felipe II y encendieron en América la llama imperecedera de la libertad.

"Cornelio Borda, dice Francisco de Paula Borda en sus Memorias, fue un distinguidísimo caballero educado desde muy niño en Francia. Era ingeniero de Ponts et Chaussées (de puentes y calzadas). Su padre, el coronel Borda, le había dejado una fortuna. Su tío, el sabio y acaudalado doctor Joaquín, hermano de don Camilo y de la madre de Cornelio, hombre también muy rico, de alta posición, ambos de poderosas influencias en esta capital, hicieron del cariño por su sobrino uno de los más gratos objetos de su vida. Cuando Cornelio regresó de Francia, joven, de figura arrogante, muy afable y cortés, superior-

mente educado, con alto título científico, elegante y simpático, fue recibido en esta sociedad y por su familia con halagos y atenciones. Sano y sabio y dueño de una gran fortuna, nada faltaba a su felicidad. El destino, sin embargo, se apoderó de él por decirlo así y le señaló un rumbo que no era el suyo: el Perú".<sup>1</sup>

Nació José Cornelio, el 4 de agosto de 1829 en la hacienda de Turrillas, jurisdicción de Facatativá, en cuya iglesia parroquial se encuentra asentada su partida de bautismo. Hijo de don José Cornelio Borda Esguerra y de doña María Dolores Sarmiento Sánchez, la prematura orfandad lo llevó a la casa de don Joaquín Sarmiento, su tío, quien se consagró por entero a su educación. Alumno de don Ulpiano González, fue uno de los primeros en ingresar el 2 de enero de 1848 al Colegio Militar, que fundara Mosquera, con el loable propósito de organizar un ejército regular, en donde muy pronto optó al título de ingeniero militar. Hombre especialmente dotado para las elucubraciones matemáticas, huérfano y dueño de gran fortuna decidió marchar a Francia para completar su educación en la difícil ciencia de la ingeniería en la cual obtuvo los mayores éxitos durante sus estudios. Viajero infatigable recorrió los principales países de Europa adquiriendo, con su extraordinario

1) F. DE P. BORDA: "Conversaciones con mis hijos", Tomo I. Biblioteca del Banco Popular, volumen 65, Bogotá, 1974, pág. 303.

sentido inquisitivo, una envidiable cultura y una exquisita educación que le atrajeron, a su regreso, las simpatías de la sociedad bogotana en donde su reputación de hombre docto se hizo notoria en todos los círculos, lo que le valió el nombramiento, en 1859, de director del Observatorio Astronómico de Bogotá. Dedicado por entero a la cátedra y a la ciencia, estableció en la capital el primer laboratorio para la fabricación de las substancias derivadas de la sal, en una casa de la calle de Boyacá, frente a la puerta falsa de la catedral. De esta época es la publicación de su importante calendario, arreglado al meridiano de Bogotá, con una guía oficial y descriptiva de la ciudad.<sup>2</sup>

Pero su más importante contribución en el ramo científico-militar fue la introducción en la Confederación Granadina del sistema denominado "Rayado de las Animas", para los cañones,<sup>3</sup> invento que en 1845 había perfeccionado un oficial del ejército piemontés de apellido Cavalli, verdadera revolución en el arte hoplológico al imprimir al proyectil en las armas de fuego la rotación necesaria para lograr técnicamente variaciones en alcance y en dirección, bases esenciales de la precisión en el tiro.

2) A. D. Bateman: "El Observatorio Astronómico de Bogotá". Monografía histórica con ocasión del 150º aniversario de su fundación. Publicación de la Universidad Nacional, Bogotá, 1953, pág. 88.

3) A. Cuervo: "Cómo se Evapora un Ejército". Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá, 1953, pág. 40.



**JOSE CORNELIO BORDA**

Precipitada la guerra de 1860 que dio al traste con la Confederación Granadina, José Cornelio se ve envuelto en la hecatombe. Segundo comandante con el grado de mayor del batallón 39 de Artillería, perteneciente a la VI División, al mando del coronel Pedro Gutiérrez Lee, la conducción de las operaciones de tiro pusieron a prueba la eficacia de las piezas de su reciente reformada artillería, pero el deficiente comando de las tropas gubernamentales y sobre todo el desastre de Subachoque, que permitió a las tropas federales la toma de Bogotá, convirtieron muy pronto a Borda en guerrillero. Ya coronel y al mando de improvisadas formaciones, reclutadas apresuradamente en Guasca, ataca sorpresivamente la Casa de la Moneda y el edificio de Santo Domingo, el 11 de noviembre de 1861. Tomado prisionero en Honda, cuando intentaba incorporarse a las fuerzas del general Leonardo Canal que se dirigían al Tolima y fugado espectacularmente de la cárcel el 4 de marzo de 1862, en compañía de su primo Alejandro Sarmiento, su condiscípulo en el Colegio Militar, y de otros prisioneros, busca afanosamente las fuerzas en retirada de Canal, pasa al Cauca para reincorporarse a las del general Julio Arboleda, que inicia su campaña hacia el norte, derrotada al enemigo en el sitio de Jiménez, marcha a Salamina y combate con bravura en Santa Bárbara de Cartago. Desencantado por los continuos desastres

militares de sus partidarios, y seguro de la consolidación del gobierno de Mosquera, con los tratados de Manizales, decide abandonar su patria. Había luchado como bravo en cuatro campañas y había asistido a trece hechos de armas importantes. "Borda tuvo, bien a su pesar, que mezclarse en las guerras civiles, dijo don Climaco Gómez Valdez, cónsul general de los Estados Unidos de Colombia, el día de la inhumación de sus despojos mortales, creyendo cumplir con su deber, y no por satisfacer la pasión de partido ni otro móvil indigno. El no tenía enemigos sino simples adversarios políticos, que siempre estrecharon con cariño esa mano leal, y a quien muchas veces abrazaron con la efusión de acendradísimo afecto después del combate. Era la lucha de ideas que hace respetarse recíprocamente a los contendientes aun cuando libren la solución de sus diferencias a la suerte de las armas. Pero la política no era el teatro de Borda. La ciencia que le contaba entre sus más ilustres campeones, le obligó a ausentarse de su país, para prescindir completamente de las cuestiones de gobierno y no ocuparse sino de los asuntos relacionados con los estudios profesionales".<sup>4</sup>

Cornelio decide ausentarse a Europa, pero antes cree conveniente viajar por algunos países surame-

4) "Corona Fúnebre del coronel don José Cornelio Borda, Ingeniero Civil y Militar, muerto gloriosamente en el combate de El Callao contra la escuadra española, el 2 de mayo de 1866". Lima, imprenta dirigida por J. R. Montemayor, 189, Melchormalo, 189, 1866.

ricos. A su paso por El Callao, desembarca para visitar en Lima a su tío José María Sarmiento, quien ejerce allí la profesión de médico.

La situación en la Ciudad de los Reyes es de efervescencia patriótica ante la amenaza de la escuadra española que, al mando del contralmirante Casto Méndez Núñez, implica grave peligro para la independencia de las repúblicas hermanas del Pacífico. Pero al mismo tiempo que afloran estos sentimientos, una oleada de incertidumbre política hace presa a los peruanos. Borda comprende, con su fina inteligencia y su capacidad de hombre superior, que la suerte de América está echada y que la causa de las naciones hermanas es la de su patria. También, el Gran General Mosquera, presidente de los Estados Unidos de Colombia, ha intuido que la lucha en la cual las repúblicas del sur están comprometidas con España, es por la supervivencia y que ellas, hermanas en sangre y en principios, deben estar unidas para su defensa, sin esperar apoyo de ninguna potencia ajena a su espíritu. Por ello trata de ayudar al Perú al ordenar la compra del vapor "Rayo", por cuenta de Colombia, a los Estados Unidos, que en ese momento echan sombra de olvido a la doctrina Monroe,<sup>5</sup> para venderlo luego a la vecina república. Con su visión estratégica y su sentido espacial, no duda que en Chile y en el Perú se está decidiendo también el destino de Colombia. Sus enemigos po-

líticos, en acto que empieza ya a juzgar la historia, demandarán por esto a nuestro presidente, ante una potencia extranjera e iniciarán ruidosa acusación ante el senado que precipitará los acontecimientos de todos conocidos.

Ante el desconcierto del pueblo peruano por la latente amenaza de la escuadra española, Borda decide convertirse en el vocero de los sentimientos patrióticos que animan a nuestros hermanos del sur. Escribe artículos en "El Mercurio" y en los principales periódicos limeños sobre buques blindados, monitores, artillería y medios de ataque en general, aprovecha su vinculación con las personas más eminentes de la nación y ofrece al gobierno sus servicios como ingeniero militar y experto artillero.

El problema bélico, ante una poderosa escuadra como la de Méndez Núñez, era el de defensa de las costas para evitar un desembarco que pusiera en peligro la capital, pues después de bombardear a Valparaíso y de apoderarse de las islas de Chincha, el

5) Una escuadra de guerra norteamericana al mando del almirante Pearson permaneció "a tiro de cañón de las fortificaciones, de El Callao" presenciando el combate sin haber intervenido para evitar el ataque español. Parte oficial del Comodoro americano John Rodgers sobre el combate de El Callao al H. Gedeón Welles, Ministro de Marina en los Estados Unidos de Norteamérica en "El 2 de mayo de 1866. Documentos esenciales para el estudio de la consolidación de la Independencia Americana". Lima, 1941, páginas 108-110.

"Comisario Especial de Su Majestad Católica" como así se titulaba al señor Eusebio Salazar y Mazarredo, asesor del almirante, declaró rota la tregua de Ayacucho, según sus propias palabras.

Perú y Colombia, para orgullo nuestro, no habían pedido a España el reconocimiento de su independencia, pues lo eran de por sí, ni mantenían relaciones diplomáticas, cuestión que solamente se arregló en nuestro caso, por interés de las partes, en 1881. Esto hacía del problema una situación de hecho y no de derecho que debía arreglarse por la fuerza de las armas.

La defensa de El Callao, puerto escogido por la armada española para efectuar su ataque, requería obras especiales, consistentes en fortificaciones apoyadas por una artillería capaz de contrarrestar los efectos de la enemiga y una fuerza terrestre para repeler el desembarco, amén de las navales como cobertura. La escuadra española se componía de la fragata blindada "Numancia", nave insignia, en ese entonces el mejor buque de su clase con 40 cañones, de las fragatas "Villa de Madrid" con 50, "Almanza" con 52, "Resolución" con 42, "Blanca" con 88 y "Beren-guela" con 30; de las corbetas "Vencedora" con 3 cañones, "Consuelo", "Victoria", "Consiño" y "Mau-le", con 2 cañones cada una, y de varios veleros empleados como transportes. Contaba en total con

cerca de 300 cañones, correspondiendo los de mayor calibre, de 68 libras, a las fragatas de madera.<sup>6</sup>

José Cornelio, experimentado militar en los campos científico y operativo, consideró de vital interés el rayado de las ánimas de las baterías de costa, para lo cual había enviado importantes estudios al gobierno chileno como contribución suya al esfuerzo bélico. Una compañía extranjera se encargó infructuosamente de este cometido, pues las primeras pruebas mostraron su incapacidad técnica. Fue entonces, cuando ofreció gratuitamente su concurso para llevar a cabo este delicado trabajo que realizó a plena satisfacción del gobierno.

El presidente-dictador, general de brigada don Mariano Ignacio Prado, y su no menos ilustre ministro de guerra, el coronel don José Gálvez, comprenden inmediatamente que Borda, dados sus conocimientos y su vasta experiencia, es el hombre indicado para concebir y llevar a cabo las obras de fortificación necesarias y le ofrecen el grado de coronel en su calidad de ingeniero militar. La tarea es titánica y el tiempo apremiante. Todos los indicios llevan a pronosticar la inminencia del ataque.

La actividad de Borda es febril, concibe planes, traza proyectos, construye fortificaciones, raya caño-

6) "El 2 de mayo de 1866". Documentos esenciales para el estudio de la consolidación de la Independencia Americana, Lima, 1934, páginas 52 y 53.

nes, levanta torres, adapta torretas de viejos buques, asesora al gobierno, infunde ánimo a los pesimistas y se constituye en el alma de la defensa. Es el hombre de confianza del gobierno y las puertas de la oficina y de la casa del ministro de guerra están abiertas para recibirlo, consultarlo y escucharlo.

El brigadier Méndez Núñez, contralmirante de la armada enemiga, se dirige a El Callao y permanece desde el 25 de abril, cerca a la Isla de San Lorenzo, con su escuadra surta frente a la bahía, desde donde lanza su ultimátum.

Pero la plaza está lista para resistir el ataque. "Nuestras defensas contra tan considerables fuerzas, dice el parte oficial firmado al siguiente día del combate, estaban repartidas por partes iguales al norte y al sur de la población. Cuatro cañones de Armstrong pareados en dos torres blindadas, en los dos extremos norte y sur de nuestra línea, y cuatro de Blakely defendidos con parapetos de tierra y establecidos entre cada una de estas torres y la ciudad, constituían nuestra principal defensa y eran sostenidos por cuarenta y cuatro cañones de a treinta y dos, repartidos en siete baterías, también de tierra, establecidas, dos en la parte norte del pueblo, cuatro en la parte sur, y una con frente a la retaguardia de nuestras baterías del sur para el caso posible de un ataque por ese lado, que se consideraba bastante protegido por el bajo fondo que las cartas indican por ese lado de la playa. La de-

fensa de nuestro centro fue confiada a nuestros pequeños buques, 'Loa' de un cañón de ciento diez, monitor 'Victoria' de un cañón de sesenta y ocho y 'Tumbes' de dos de a treinta y dos rayados. Un cañón de Blakely fue también precipitadamente montado en esos dos días antes de la acción; pero quedó entorpecido al hacer su primer tiro".<sup>7)</sup>

El rechazo de un posible desembarco estaba previsto con tropas disponibles de Lima y sus alrededores que se concentraron en la región de Chacritas, inmediata al El Callao, a órdenes del general Buendía, en número de diecisiete batallones de infantería y cinco regimientos de caballería localizados cerca de Bellavista. Próximas a El Callao y a cubierto se encontraban varias compañías de bomberos preparadas para combatir los incendios que pudieran producirse. El dictador, general Prado, dirigía la operación desde los castillos.

Lo crucial de la defensa lo constituían las baterías del sur en donde se encontraba la torre blindada de La Merced, vieja torreta de un acorazado, adaptada por Borda como punto fuerte del sistema, con dos cañones Armstrong de a 300, y cuyo comandante era el bravo coronel Enrique Montes. Allí por lo tanto se encontraba el coronel don José Gálvez, ministro de guerra, y su consejero predilecto, el ingeniero militar colombiano.

7) Ib., página 89.



La posteridad puede contemplarlo enhiesto sobre la torre de La Merced, dirigiendo el fuego de las baterías y las operaciones de cargue y descargue de sus cañones, en una de las magníficas fotografías del combate, las primeras de su clase tomadas en una operación militar por los reporteros franceses que acudieron a cubrir la información y a anunciar al mundo que Hispanoamérica era dueña de sus destinos.

Es el glorioso 2 de mayo de 1866. Desde las primeras horas se empiezan a notar los aprestos reveladores del ataque, esperado con ansiedad por los defensores, desde el día anterior. Son las nueve de la mañana y comienzan a hacer vapor las fragatas que no habían amanecido con sus hornillas encendidas. La línea de la escuadra se parte en dos divisiones. ¡Borda no se había equivocado! La nave del almirante y dos fragatas de madera se enfrentan a las baterías del sur mientras el resto de unidades de combate lo hacen en línea paralela a las del norte. Unos minutos antes del mediodía ha quedado tomada la formación de batalla: a mil quinientos metros de las baterías del sur y a más de dos mil de las del norte.

El combate es encarnizado porque los defensores están dispuestos a no permitir que se holle el suelo americano: "Nuestras baterías del sur, dice el parte citado, en las que se encontraba el Secretario de la Guerra don José Gálvez, esperaron por su orden, para abrir sus fuegos, que los buques españoles se acer-

casen cuanto pretendiesen, pues nuestras posibilidades de dañar el blindaje de la 'Numancia' estaba en razón inversa de la distancia que nos separase de ella. Empero, hecho alto por el enemigo y rotos los fuegos por ese buque poco antes de las doce, le fueron contestados inmediatamente y generalizado en ambas líneas; vivísimo en la línea enemiga que disponía de cerca de 300 cañones; pausado aunque sostenido en la nuestra que no contaba con la quinta parte de esas piezas y entre ellas los cañones de Armstrong y Blakely de carga difícil y lenta".<sup>8</sup>

Gálvez, Montes y Borda se mantienen impertérritos en el cumplimiento de su deber, con fe ciega en la causa. Cornelio está seguro de la inexpugnabilidad de la defensa y de la incapacidad de la escuadra española para vencer. Su experiencia científica militar y sus esfuerzos de muchos días están produciendo frutos imperecederos. Sus pronósticos van a cumplirse y brindará por el triunfo de América a costa de los pesimistas como así lo ha acordado.

Pero, ¡oh dolor! Ha transcurrido solamente una hora, cuando la explosión de varios saquitos de pólvora por el rebote de una granada produce lo indescriptible. La torre de La Merced, como nuevo San Mateo, se convierte en volcán haciendo volar a cuan-

8) *Ibidem*.

tas personas allí se encuentran, matando e hiriendo a muchas otras y entorpeciendo los dos cañones Armstrong.

Gálvez, Montes y Borda han muerto y nueva constelación de héroes alumbra los cielos de América. La victoria llega y hacia las cinco de la tarde con el lento andar de las naves maltrechas que llevan a su comandante herido, España cancela sus pretensiones de reconquista en América para abrir nuevos caminos de comprensión y de amistad fraterna.

Algunos pocos despojos mortales del héroe reciben el homenaje agradecido del pueblo peruano y de los representantes de las naciones aliadas y amigas. Su catalejo y su teodolito, compañeros inseparables en sus labores de artillero e ingeniero se encuentran al pie de las banderas de Chile, Bolivia, Ecuador y Perú que acompañan a la de Colombia en su dolor por el hijo que cubre amorosa con sus pliegues. Es el 7 de mayo de 1866 y mientras las marchas a la sordina y el doblar de las campanas que tocan a duelo lloran su ausencia, una estela en el Pacífico es el adiós definitivo de viejas ambiciones coloniales.